

## Lectura compartida

La lectura nos ofrece la oportunidad de cambiar nuestro punto de vista; de sentir desde fuera de nuestros hábitos; de encontrar en nuestra mente sensaciones profundas, que esperaban el momento para revelarse. Lo queramos o no, cuando leemos vivimos una auténtica creación, aunque estemos ante un folleto de un electrodoméstico, la carta de un restaurante o el reglamento de una organización cívica. Como las formas de las nubes o los reflejos de los cristales, cada texto nos despierta formas de pensamiento, vivencias, recuerdos, deseos, con mayor o menor intensidad, según, entre otros factores, las expectativas que pongamos, que dibujan nuestra actitud y abren los canales por las que circula la percepción.

No obstante, todo esto se refiere a una vivencia individual. Tiene una enorme riqueza, pero el viaje continúa y nos conduce a otros destinos valiosísimos: si el acto de leer nos revela un universo nuevo cada vez, compartir lo captado produce una simbiosis de universos, que se alimentan los unos a los otros para que vayamos más allá, y continuar agrandando la sustancia viva que recogemos. También nos descubre, con mayor claridad, qué papel nos asignamos en la vida; qué imagen tenemos de nosotros, o cómo arriesgamos o nos protegemos frente a la mirada ajena, ya se trate de la de personas concretas o del grupo, en el que, en principio, solo existen relaciones de igualdad, incluida la mano que haya escrito lo leído.

Además del placer de vivir mundos creados con una calidad literaria que resuena en nosotros, y de que desde otros ojos nos lleguen nuevos matices reveladores, o de que nuestra boca transmita sus descubrimientos del viaje infinito e inmóvil, compartir las lecturas nos trae otros regalos fantásticos, muy útiles para desarrollarnos en la vida y para ganar intensidad en lo aparentemente anodino, especialmente cuando captamos los instantes con el filtro de lo que nos enseñaron, de los convencimientos anidados en el pasado, o de aquello que creemos desear en el futuro.

Ya en el momento en que asistimos a un debate sobre una obra literaria, podemos comprobar qué sentimos a la hora de expresar nuestras ideas; qué nos anima a hablar, o qué nos impide hacerlo. Si nos sentimos a gusto con nuestros silencios o con nuestra voz, seguimos adelante, con la convicción de que alrededor comparten lo que late en nosotros; si censuramos nuestra palabra, o si nos obligamos a intervenir, podemos comprobar qué nos aparta de nuestra expresión libre, cómo nos juzgamos, o qué proyectamos sobre las otras personas que construyen con nosotros la experiencia.

Esto nos enseña a mostrar nuestra verdadera identidad; a saber que, cuando la exponemos, con todos los condicionantes que podamos albergar, simplemente hacemos funcionar el engranaje que nos corresponde de una manera fluida. Y que, de conducirnos la algún pasaje angosto, la misma fluidez que nos concedemos nos va a llevar a una salida grata.

Esto podemos entenderlo como un simple juego intrascendente; pero las actividades lúdicas tienen una propiedad muy interesante: en ellas nada perdemos, y tenemos mucho que ganar. El taller de lectura, o la tertulia, o la simple conversación ocasional, sirven de maravillosos campos de pruebas para afinar uno de los dones más valiosos que poseemos: el de la expresión, sobre la que toma

forma nuestra consciencia, y que, en el pensamiento individual, carece de un factor esencial para ganar riqueza, que consiste en hacerse externamente comprensible.

Podemos preparar exámenes, entrevistas de trabajo, presentaciones de proyectos, o lo que queramos, con un cuidado extremo de los detalles. Podemos afianzar cada paso con un trabajo intenso, o medir los efectos de acuerdo con otras experiencias con una atención suma; pero todo esto funciona increíblemente mejor cuando nos sentimos en una buena comprensión con lo que expresamos; cuando sentimos como propia nuestra voz, y la aceptamos, en la seguridad de que nos abre los accesos a nuevas elecciones, a través de los logros que nos facilita. Si pensamos en una persona que ofrece su capacidad ante cualquier tribunal de selección, captaremos enseguida la diferencia entre llevar el entrenamiento inocuo de la lectura compartida –con los retornos percibidos en las palabras y en los gestos ajenos– o prescindir de él, para fiar el resultado a lo que convencionalmente aceptamos como esfuerzo.

La inteligencia consiste, más que en reunir conocimientos –función propia, más bien, de la memoria–, en mantenerlos en un intercambio dinámico; en que los hagamos comprensibles, al tiempo que abrimos nuestra mente a comprender los que vienen del exterior. De esa manera, cuando cerramos y olvidamos el libro, nos queda un nuevo paisaje para continuar hacia el futuro.

Carlos Arias

[www.difracciones.com](http://www.difracciones.com)